

y su transparencia emocional, estos poemas de José Varallanos me saben a cosa inusitada y sorprendente. No sé juzgar su mérito artístico.

Imágenes e imágenes, sin continuidad de pensamiento, sin reminiscencias siquiera unas de otras, hay que haberse iniciado previamente en estos achaques de avanzada literaria, para decir a los demás la impresión que deja en nosotros la lectura de los poetas modernísimos.

Ni incompreensión deliberada, ni odio a los moldes artísticos de la hora última. Reconozco lo que han ganado todas las artes con los innovadores, desde la música, la pintura, y la escultura hasta la poesía. En el verso han dejado el adjetivo novedoso y preciso que antes no fuera usado; la nota de color, la imagen lejana, que parece fuera de sitio para los profanos, pero que tiene el fuerte poder de sugerir.

Pero de ahí a reconocer como poesía auténtica toda la literatura escrita en renglones cortos con que se ha invadido el mundo, hay una distancia bien apreciable.

Y como no he logrado aquilatar los méritos que tengan estos poemas de Varallanos, he querido copiar uno para que juzgue el lector.—
C. P. S.

SOCIOLOGIA

LA ETERNA CRISIS CHILENA, por
Carlos Keller R.

Don Carlos Keller ha tratado en las páginas de *Atenea* muchas de las

cuestiones que presenta en este libro (1). Las ha tratado con un tono de seriedad, de dominio firme sobre los datos objetivos, de penetración filosófica que no es común en las publicaciones de nuestros arbitristas al uso. Yo atribuyo esta diferencia a la formación cultural del señor Keller. En efecto, éste ha estudiado en Europa, donde no sólo hay exigencias especiales para los estudiosos y estudiantes, sino que también la enseñanza superior está organizada de manera diferente a la que hemos adoptado en Chile. Precisamente uno de los capítulos de este libro señala los vacíos culturales de Chile y hacer ver la necesidad de cambiar el rumbo de la educación superior.

El autor pone el acento en un hecho cultural de importancia suma y que ha sido inadvertida por los tratadistas anteriores:

Al analizar el desarrollo de nuestra cultura espiritual nuestros autores, por lo general, no han hecho hincapié en un hecho de trascendencia fundamental: que nuestra vida espiritual actual representa un movimiento que parte de un período de decadencia, de la decadencia de la cultura clásica española. (Pág. 45).

En efecto, el trasvasamiento cultural de España a América durante los siglos XVI, XVII, XVIII y comienzos del XIX tiene un carácter señero. España conquista el continente nuevo en pleno dominio de sus grandes formas culturales; cuando florecen sus retratistas, sus músicos, sus noveladores, sus poetas,

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1931.

sus comediógrafos, sus grandes capitanes, sus arquitectos, sus diplomáticos. El momento no es seguramente el más apropiado para que pasen al continente apenas descubierto todos esos primores culturales, y durante los primeros años de su existencia, las colonias americanas viven en forma paupérrima. Cuando España comienza a enviar hacia América sus productos culturales con preferencia a los elementos de conquista y de predominio material, la cultura española entra en la decadencia. Hacia la mitad del siglo XVII se produce ese hecho ineluctable, y desde entonces lo que se recibe de España en lo cultural es algo muerto ya, incapaz de crear vida. Si ésta, como es obvio decirlo, tampoco podía salir del ambiente americano, apenas desbastado, ¿cuál era el porvenir de las colonias? Repetir fórmulas que habían perdido eficacia, tomar por vivo lo que estaba muerto, existir por tanto en una mascarada trágica. Y de ella no hemos salido.

Pues bien, llegó un momento en que la ideología europea del siglo XVIII, contra cuya invasión en América había erigido España un valladar aparentemente inexpugnable, rompió el cauce y se adueñó de las conciencias de los hombres dirigentes. Este fenómeno espiritual fué acelerado y precipitado por la deposición de Fernando VII, que obró en la historia de la independencia americana en la misma forma que un agente catalítico en un proceso químico. La independencia ha sido, pues, para las naciones americanas mucho más grave que para cualquier

otro pueblo que haya llegado a la emancipación desde la servidumbre. Fuera de la renovación política que determinó, era signo de una serie de transformaciones culturales que quisimos asumir súbitamente, ebrios de goberarnos a nosotros mismos e inconscientes de la responsabilidad que ellos entraña.

Esto lo expresa el señor Keller en la siguiente frase, muy compendiosa y clara:

Después del gran vacío que dejó el siglo XVIII, la historia espiritual del siglo XIX en los países iberoamericanos se puede expresar por una fórmula sencilla: consistió en llenar aquel vacío. (Pág. 50).

¿Qué resultó? Pues simplemente que nos lanzamos a copiar, a imitar, a calcar, a repetir como símios lo que veíamos hacer a los europeos, sin advertir que lo que éstos hacían era fruto de una evolución histórica definida que nosotros no habíamos tenido. Y aunque en la historia del espíritu hay saltos, ellos generalmente conducen al vacío.

No tratamos de desarrollar orgánicamente algún sistema científico, filosófico, social o simplemente alguna organización burocrática, para convertirlo en cosa animada, lógicamente necesaria y basada en fuerzas vivas, sino que el proceso se manifiesta por medio de constantes cambios de orientación y alteraciones radicales. (Pág. 52).

La historia de nuestra educación sucesivamente enamorada del sistema lancasteriano, del humanista, del concéntrico, del vocacional, etc., etc., está contenida íntegramente en las expresiones que hemos copia-

do; también podríamos seguir allí la historia de nuestra economía industrial, de nuestra agricultura, de todas las manifestaciones, en fin, de la actividad chilena.

De allí la eterna crisis nacional denunciada agudamente por Keller, que tiene paliativos a veces y que en algunas ocasiones parece corregirse porque la mejoría de toda la economía mundial entona la balanza comercial y crea en el chileno la ilusión de una gran riqueza. Toda la vida chilena está basada en una mentira, y esa mentira es la que revela hoy el señor Keller con grandísima valentía ideológica. ¿No hemos soñado durante lustros que somos ricos? En un territorio de extensión mísera la existencia de mantos de salitre y de vetas de metales nos ha hecho pensar en Creso y en Midas. No hay tal. Toda esa riqueza es miseria para Chile puesto que no reditúa en beneficio nuestro sino en beneficio del capitalista extranjero (que posiblemente no ha venido nunca a Chile ni vendrá), cuyo dinero ha montado la usina y el ingenio. Somos tributarios, somos siervos hoy como antes de 1810. Pero somos siervos en otra forma y seguramente menos felices que entonces. Hoy, en efecto, conocemos el

verdadero sentido de nuestra «riqueza» y conocemos con cierta precisión la órbita dentro de la cual nos dejan movernos las naciones extranjeras.

El autor de este libro no es pesimista y el en epílogo pone su fe en la juventud y señala un remedio para el mal:

Nuestra eterna crisis tiene su causa más profunda y verdadera en nuestro cerebro. Es algo independiente, absolutamente independiente de toda cuestión doctrinaria. Podemos organizar nuestro Estado sobre la base comunista, socialista, liberal o conservadora: si no logramos modificar nuestra organización cerebral, la crisis no desaparecerá. (Pág. 319).

Pero para ello sería preciso emprender una faena enteramente distinta a la que hoy nos ocupa, vencer viejos hábitos, alterar nuestras más caras costumbres, renunciar a comodidades, satisfacciones y voluptuosidades. En suma, ser héroes de una batalla de reconstrucción. ¿Sabe el autor lo que nos pide? ¿Cree que vive en un pueblo de héroes? Tal vez habría que escribir otro capítulo de este libro para responder a esas preguntas...—*Raúl Silva Castro.*